

Sólo por tu venida ya es mi piel de cristales.
Transparencia de gota que amanece en el gesto.

Yo era lámpara triste en letargo de espera,
claridad enlutada, porque tú eras ausencia.

Desde que a mí has llegado... ¡soy filo jubiloso
de guadaña insaciable que decapita estrellas!

Imágenes felices y originales, dominio de la forma y emoción verdadera tiene el poema que el lector ha leído. Y sería suficiente para salvar cualquiera obra.



ESPEJO DEL SUEÑO, por *Julio Barrenechea*.—Editorial Ercilla. Santiago, de Chile, 1935.

Desde el «Mitin de las mariposas», publicado en 1930, a este «Espejo del Sueño», va la distancia que media entre un canto balbuciente y una voz rítmica, segura y bien templada.

No nos parece que la poesía chilena haya tenido en los últimos años un poeta de mayor transparencia, de mayor finura emotiva que Julio Barrenechea. Habría que remontarse a Magallanes Moure, y escoger entre su obra ocho o diez poemas, para tener la sensación que nos da en casi toda su obra este nuevo gran poeta que afortunadamente asoma en nuestra lírica, sin bombos y sin discípulos.

Sencillez y elegancia en la expresión, sin afanes de trascendentalismos que dan siempre en la pedantería, Julio Barrenechea canta su visión y su emoción en verso clásico, de armonía perfecta, y queda, sin embargo, como un poeta de hoy, lo que no es

poco decir. ¿No afirman por ahí, con cierta suficiencia de dómines, que el poeta actual no debe escribir en verso?

El autor de «Espejo del Sueño» ha recogido de las corrientes artísticas de vanguardia todo lo que de novedoso y de útil trajeran a la poesía, entre sus malabarismo efectista, y supo librarse de ellas, de su obscuridad, especialmente, que constituye para tantos su mérito más cierto.

«Esquina con flauta», «Columpios», «Muchacha durmiendo», «Huerto Norte», «Círculo» y otros acusan su gran temperamento lírico, y nos abren todos los caminos de la esperanza a los que aguardábamos al poeta verdadero de las generaciones jóvenes de Chile.

La espesa maraña de la producción vanguardista, que algunos elogian porque sin entenderla les suena a cosa grande, llegará en breve plazo a no ser sino una curiosidad que hizo su época y que dejó algunos nombres, los más representativos de su tiniebla sin emoción, para que los estudiosos fijen con los años la curva descendente de la poesía contemporánea. Y a través de las modas, variables pero que tienen mucho de común en su disparatada deshumanización, aparecerán como poesía verdadera y eterna los poemas diáfanos y purísimos con que ya algunos poetas de Indoamérica—y Julio Barrenechea entre ellos—hacen perdonar esas experiencias que fracasaron en definitiva.—C. P. S.



IMAGINERO DE LA INFANCIA, por *Lautaro García*.—Editorial Ercilla. Santiago, 1935.

Curioso temperamento artístico el de Lautaro García. Pintor de paleta luminosa, en más de un Salón Oficial de Chile, vimos cuadros suyos, alternando con las obras de pintores pro-